

## Vistas Americanas

(En el Rep. Amer.)

### Cualquier siete de noviembre

*Siéntate, anciana,  
en el quicio de la puerta  
a mirar pasar las sombras  
de tus días de abundancia.  
Tu vivienda no es la misma  
que escuchó el cristal de fuente  
de tu joven alegría.  
Es más pobre, porque la otra  
se la devoró una deuda.  
El señor de los contornos  
a tu padre don Jacinto  
de bondad le prestó plata:  
nada más que una hipoteca,  
de la casa y del terreno,  
diez manzanas heredadas  
de tu abuelo, buena anciana,  
y el potrero junto al río,  
y la caña y el trapiche.  
Por un plazo de cinco años,  
prórrogables por supuesto,  
a contento del deudor,  
con un rédito pequeño,  
sólo un seis por ciento al año.  
Los noviembores de los vientos,  
los diciembres de cosechas,  
los eneros y febreros  
de caminos polvorientos  
en carretas bullangueras,  
por las tardes color paja,  
y las noches enlechadas,  
hacia los santos lugares  
del amor y la merienda.  
Qué recuerdos de otros días,  
buena anciana, que te sientas  
a mirar pasar las sombras  
de tus años de abundancia!  
Insaciable gerifalte  
el señor de los contornos  
se abatió sobre los bienes.  
"Es la crisis don Jacinto,  
que me pisa los talones!  
Yo lo siento, que esté enfermo!  
Pero le daré pensión:  
cien colones, don Jacinto,  
cada mes que viva enfermo;  
cuando sano, cien colones  
y su sueldo de auxiliar  
en el mando de mis fincas."  
Con el dorso de la mano  
enjugó sus verdes ojos  
y con tembloroso pulso  
dos veces firmó su nombre.  
Seis meses después, en andas,*

*se le llevó al campo santo!  
Eras fuertes y trabajabas,  
con tus firmes brazos blancos,  
y con poco tú vivías:  
frijoles, por cuartillos y cajuelas,  
y los huevos por docenas,  
y las carnes y gallinas  
tan baratas que las gentes  
por todas las rutas iban  
con las carnes en daguillas,  
y los panes en canastas  
recorrían las aldeas;  
los plátanos y frutas, de regalo  
en las fincas de café.*

*Tienes hambre allí en tu puerta,  
pobre anciana que recorres  
las callejas del recuerdo;  
ya no piensas en el fuego  
ni en las horas de comida;  
hace mucho que no viste  
ni los quesos ni los panes  
ni el tasajo entre carbones  
oloroso a fiesta y viaje  
por la noche en los sesteos.*

*Tienes hambre, como tantos,  
como tantos otros niños,  
como esos que van pasando  
por enfrente de tu puerta.*

*Ya viene otra vez la lluvia,  
y está la vivienda a oscuras,  
el fogón todo en ceniza,  
y se calla acurrucada  
en cada rincón del cuarto  
el hambre que tiene sueño  
y quiere dormir pensando  
que se calmará mañana.*

*Hay en cada vivienda de la aldea  
una anciana que tiene hambre,  
algún muchacho que bebió agua dulce  
dos, tres veces en el día  
con dos plátanos maduros  
que por un mandado le diera  
la buena vecina de enfrente.*

*"Adiós, señor", y el campesino pasa  
llevando del cabestro un pensamiento:  
"Esta es hambre de la guerra,  
y nadie nos dijo esto antes!  
Mas los ricos de allá abajo  
no saben que el hambre existe;...  
Lo sabrán cuando gritemos  
que ya sufre de hambre el pueblo  
cualquier siete de noviembre"*

### Valle de lágrimas

Por siglos ha sido la tierra valle de lágrimas, porque fué valle de injusticia donde triunfaron los poderosos sobre los humildes y tiranizaron los ricos a los pobres y se organizaron castas de ambiciosos para dominar a los mansos de corazón y de voluntad.

Y se enseñó al pueblo a repetir las mismas palabras: vivimos en un valle de lágrimas; para que se acostumbrase a soportar su miseria, su servidumbre y su hambre, sin rebeldía. Esa frase contenía un talismán de buen gobierno, que podría traducirse de otra suerte: sufra sin rebelión nuestro despotismo, dobléguese usted sobre los surcos de la tierra para que nosotros tengamos la holgura y la saciedad; háganos usted el capital con el sudor de su frente para que nosotros podamos disfrutar de los placeres del ocio.

Generaciones y generaciones labraron la tie-

rra y tejieron la fibra y tallaron la madera y forjaron el hierro, viviendo en el valle de lágrimas, para que otros deslizaran su existencia por las márgenes de los risueños arroyos de la dicha. Y una casta de hombres, en alianza con los felices, se iban por las villas y las aldeas y miserables barrios de las ciudades enseñando que esta vida es valle de lágrimas y que hay que vivir conforme con las estrecheces y las angustias que Dios nos manda. Mientras los unos explotaban, tiranizaban, y gozaban del trabajo ajeno, los otros amansaban la cólera, el resentimiento, las ansias de de rebelión del pueblo condenado por Jehová a comer el pan con el sudor de su frente. Porque el trabajo que ahora tratan de exaltar como virtud, como fuente de nobleza fue maldición caída sobre la cabeza del hombre. Maldición de la cual han naci-

do todas las civilizaciones creadas por él, por su inteligencia y por su mano.

Que tal es la grandeza del hombre; de la maldición divina que le condenaba a trabajar la tierra él ha sabido crear mundos de maravilla. De una maldición, transfigurada por el hombre, él ha materializado la fábula y el mito: ahora oye las voces de los continentes desde su pequeño rincón en la ciudad o la aldea; ha hecho transparentes las cosas que eran opacas; ha detenido la luz en placas sensitivas que fijan las imágenes de las cosas y de los seres y de los movimientos y de los colores; en surcos microscópicos ha encerrado la música de todos los pueblos y la palabra de todas las lenguas; se hunde y navega por dentro de los mares y se cierne sobre los mares. De la maldición divina ha hecho una milagrosa bendición humana. Aquella condenaba; ésta salva.

Por siglos el trabajo hizo siervos de los hombres. Hace apenas siglo y medio que el trabajo comenzó a transformar al siervo en hombre digno, si no bien enteramente libre.

Pero este mundo que viene alcanzará la transmutación de la envilecedora maldición en bendiciones de dicha, en paz del corazón, en seguridad de bienestar para todos los que trabajan con el entendimiento y con las manos.

Subsistirán los estimulantes dolores morapero, no ya la miseria sórdida, ni el hambre.

En el limbo de un antiguo régimen se sumergirá el valle de lágrimas por causa de la injusticia de los poderosos de la fortuna. Y en todas partes se oirán las palabras del evangelio de la alegría y de la belleza, que hará a los hombres más buenos, porque serán más felices.

### Almirante Darlan

La muerte de este Almirante puso fin a una situación compleja de política internacional y de moral política.

Cuando el Mariscal Petain expulsó de su gabinete a Pedro Laval, "por altas razones de política interna", el 12 de diciembre de 1940, por el mismo acuerdo nombró Primer Ministro a Pedro E. Flandin. Dimitió éste el 9 de febrero de 1941 y le sucedió el mismo día el Almirante Juan Francisco Darlan. Al día siguiente el Mariscal le designó para sucederle como Jefe del Estado en caso de que algo le ocurriese a él.

El Almirante Darlan fué, pues, Vice Presidente del Consejo, Ministro de Relaciones Exteriores, del Interior y de Marina.

En seguida no más Darlan entregó a los almeanes a los refugiados políticos asilados en la Francia no ocupada. Sacó de los campos de concentración en Francia a los extranjeros, especialmente a los republicanos españoles, para remitirlos en cuadrillas de obreros-esclavos a trabajar en el ferrocarril que se construía a través del desierto de Sahara.

Empleando los métodos de la Gestapo nazi, su cuerpo de policía colaboró con los alemanes en la recogida de los alsacianos que se habían refugiado en la zona no ocupada.

Fuó Darlan quien entregó al dominio de los japoneses la Indo China, con cuya acción facilitó el ataque a Singapur.

Por la muerte de Carlos Holtz, asesinado en Nantes, el gobierno de Darlan hizo entrega a los alemanes de treinta rehenes franceses que fueron fusilados.

Ordenada por él fué la resistencia que se ofreció a los ingleses en Madagascar, a sabiendas de que no se trataba de una invasión de conquista, sino de temporal dominio de una ruta marítima amenazada por el enemigo.